

VILLA, CORTE y CONFECCIÓN

Nunca llegó a imaginar, en sus largos años de oficio, que la profesión derivara en tan alto riesgo. Después de la II República sí, porque muchos sastres habían abrazado la causa republicana. Claro, eran gente ilustrada para la época, que manejaban bien los números y leían y escribían con soltura. Su padre, sin ir más lejos, ácrata convencido y entusiasta del esperanto, tuvo que exiliarse del pueblo para escapar de la persecución que se desató al término de la guerra civil y que duró hasta bien entrado el año 1945. Se vino a Madrid con lo puesto, y se camufló en un piso de alquiler bajo el socorrido rótulo: “Se arreglan y se da la vuelta a los trajes usados”; en la plaza Luca de Tena, muy cerca de la estación de Atocha. Las atochas, en el pueblo de sus ancestros, eran los espartales que se cultivaban y recolectaban como materia prima para infinidad de artículos de uso corriente. Pasando el tiempo, Atocha ya sólo fue en su imaginación una palabra que le sugería un lugar de tránsitos acelerados, de llegadas y despedidas bajo el sofoco y el humo de las locomotoras de vapor. Y ahora, el mundo daba un giro imprevisto y el nombre de la estación le venía a recordar de nuevo los espartales de aquel pueblo, hacía ya mucho tiempo desaparecidos; y de la profesión que heredara de su padre, el riesgo inminente por las sacas y los juicios sumarísimos de los primeros años cuarenta: que también se cebaron contra los sastres.

Él había nacido ya en Madrid, en el año en que se daba fin al largo período del racionamiento, cuando su padre estrenó establecimiento en la calle de Atocha y se iba haciendo con una razonable clientela de incondicionales al Régimen: las chaquetas blancas de la Falange con el yugo y las flechas bordados en rojo sobre la pechera, enfundaban los rústicos maniquís del escaparate. Y aunque recibió el legado oral de las anécdotas y sucesos cotidianos de ese tiempo de

incertidumbres y calamidades –que su padre conseguía adornar con un peculiar desenfado y sus dotes de narrador avezado-, del oficio, heredó la tradición comercial de aquel negocio familiar: la mayoría de la clientela cargaba a la derecha.

Aquel buen hombre se protegía de los resquemores de la conciencia con una frase de consolación: “de algo hay que comer”, que él le escuchó tantas veces entre puntada y puntada, mientras le refería historias de su pasado republicano. Así llegó a saber, cómo su padre sintonizaba Radio Pirenaica tapada la cabeza con una manta, para no ser descubierto por los vecinos y correr el riesgo de una casi segura delación. O, aquel otro suceso, del sastre que utilizaba como mesa de cortar una hermosa pieza de mármol que en su reverso tenía una lápida con un listado de nombres de aquellos “gloriosos caídos por Dios y por España”, que le llevó sin remisión a la cárcel. Pero esas historias que alimentaron su imaginación de niño, en la penumbra del obrador, sobre la mesa de cortar donde se inició en el aprendizaje de sus primeros patrones, las echó pronto en el olvido. Eran enseñanzas aquellas que no tenían ya utilidad alguna, después de que la gran losa de mármol sepultara, junto al general, los miedos y cautelas de toda aquella generación de vencidos.

El negocio prosperó, como el resto del país, con la llegada de los años sesenta, cuando las chaquetas blancas empezaron a desaparecer del escaparate y se sustituyeron por trajes gris marengo a medida, y hasta una chaqueta en su maniquí, respunteada la solapa del arreglo y arrugada la defectuosa, en una muestra palpable del antes y el después de la intervención del sastre. Era una reminiscencia de los viejos tiempos, pues ya nadie sentía la necesidad de darle la vuelta a la chaqueta. Así fue como las identidades se difuminaron y resultó difícil

identificar de qué lado cargaba el nuevo cliente. Para el ojo clínico de su padre no, que los descubría al primer golpe de vista: era la experiencia de tantos años de disimulo tratando de salvar el pellejo, pues nada hace más avisado que la necesidad de supervivencia. Y ocurrió que el hijo, se fue olvidando de las enseñanzas del padre, de los reflejos condicionados que le inculcara con sus cuentos, de aquella generación de sastres que se camuflaron en la pericia de darle la vuelta a los trajes y colocar el reclamo de una chaqueta blanca en el escaparate. La nueva estrategia comercial, consistía precisamente, en que cualquiera que se enfundara uno de aquellos trajes pudiera parecer un demócrata de toda la vida. Era como en la moraleja del “Rey desnudo”, pero a la inversa.

El descubrimiento de aquel paradigma empresarial resultó altamente lucrativo, un nuevo impulso que les llevó hasta la calle más emblemática de Madrid, en cuyos escaparates se exponía la ropa de caballero más exclusiva. Arrinconó sin piedad el viejo maniquí de la solapa pespunteada, aquel que contenía todas las enseñanzas necesarias para efectuar los cambios de chaqueta con éxito, en el lugar más apartado del almacén, con la convicción de que aquello era ya agua pasada en los molinos de la historia. Se olvidó de los viejos cuentos, de las claves de futuro que contenían y, con un gesto de triunfo, emprendió el camino de su nueva frontera comercial.

Ahora, en la soledad de aquellas cuatro paredes blancas, recomponía el relato de su vida tratando de encontrarle sentido, una explicación plausible que le orientara en descubrir dónde estaba el error, en qué se había equivocado. Se sentó en el añoso jergón que emitió un rumor de farfolla prensada y se llevó las dos manos a la cara en un gesto reflexivo: “Era todo tan perfecto, ¿en qué se había confundido?”:

El más joven de los dos, el espigado de aspecto prepotente y gesto altanero, lo recibió para la segunda prueba en su despacho, con esa sonrisa de los triunfadores. Era sencillo vestirlo, los trajes le encajaban a la perfección, como un guante. Pero se empecinaba con aquellas corbatas de colores estridentes que no eran las más adecuadas. El otro, algo cargado de espaldas, le daba quehacer para ajustarle las hombreras. Le devolvió algún traje por aquel defecto tan complicado de corregir. Su sonrisa de grandes dientes blancos se le desmañaba en un extraño rictus de lejana incomodidad, como si le apretara la sisa o, tal vez, no acertara con las medidas de la entrepierna. Era difícil encontrarle el encaje adecuado a sus bajos. A veces, parecía evidente que cargaba de un lado pero, otras, llegaba a trabucarse con su primera apreciación y hubiera jurado en ese momento que era del lado derecho del que cargaba. Nunca lo tuvo claro con aquel cliente. Su padre sí que lo hubiera captado al primer golpe de vista.

Lo distrajeron los pasos cadenciosos del vigilante haciendo la ronda. Eran veinte zancadas rítmicas de un extremo a otro del pasillo. A veces, en el silencio de la noche, un estertóreo ronquido taladraba el muro. A él, le resultaba imposible dormir en aquellas condiciones.

Sí, era esa sonrisa blanda, meliflua e impredecible: allí estaba la clave que no supo descubrir a tiempo. Y aquella rareza de no llevar nunca tarjeta de crédito, en plena era de los pagos electrónicos, debiera haberle llamado la atención. Pero el sicario con la cartera repleta de "bin Laden" pagaba puntualmente y sin pestañear. Por eso lo habían enredado, con los conceptos amañados de las facturas para ocultar la procedencia de aquel dinero. Su padre llevaba un antiguo dietario de sastre donde apuntaba el nombre del cliente, las medidas, los encargos y hasta las cantidades a cuenta que recibía. Era un sistema arcaico,

pero práctico y eficiente. Las anotaciones de los ordenadores podían modificarse a voluntad en cualquier momento posterior: seguramente habían manipulado esos apuntes. No dejaban rastro de tachaduras, la jugada parecía ir por ahí.

Se levantó del camastro y se escrutó el rostro en el espejo empotrado en la cal del muro: el azogue se había descompuesto con la humedad. A su barba de dos días se sumaban aquellas estrías del espejo que le daban un aspecto patibulario y distorsionaban aún más sus facciones. Con aquella cara no iría muy lejos, tenía que ponerle remedio: podía pasar muy bien por un convicto cualquiera al que sólo le faltara escuchar un veredicto de culpabilidad. No le habían dejado la corbata, ni los cordones de los zapatos, ni el pequeño neceser con su camisa limpia y algunos enseres de aseo que se llevó por precaución: hasta la cartera le habían decomisado.

Quería encontrar una estrofa perdida en la memoria de aquel poema que se clavó con chinchetas en la pared de la trastienda. Se atribuía a un tal Bertolt Brecht, al que su padre leía en secreto. Cuando fue posible y las circunstancias lo permitieron, lo colocó en un lugar visible. Entonces fue cuando un cliente de confianza les indicó el error de la autoría y él mismo transcribió el nuevo nombre de su puño y letra: ¿Martin Niemöller?, creía recordar vagamente. No sabía aún el por qué, pero le traía un lejano aire de semejanza con lo que le estaba pasando: “Si pudiera recordarlo”. Era como un bucle en su cabeza, un laberinto del que no acertaba con la salida.

Los pasos se escucharon esta vez claros y se pararon en la puerta de su celda. Se oyó el chasquido de la aldaba al descorrerse y la cara de insomnio del vigilante diciéndole con la rutina de esas frases hechas repetidas sin tono ni emoción: “es la hora”. Le pasó una bolsa de plástico con sus pertenencias y el

laconismo de otra frase del repertorio carcelario: “ahora puede arreglarse en el lavabo”. Se enjabonó las mejillas con giros sucesivos de la brocha, una y otra vez, tratando de recordar aquellos versos extraviados en su memoria. Fue, como un flash de fotógrafo, el recuerdo de la primera estrofa:

“Primero se llevaron a los comunistas
pero a mí no me importó
porque yo no era”.

Examinó el nudo de la corbata y lo ajustó para que el extremo llegara hasta la hebilla del cinturón. Se volvió cuando el vigilante dudaba con las esposas de acero en la mano. Ante su mirada inofensiva, desistió, lo cogió del brazo y salieron los dos al pasillo. Una nueva estrofa pugnaba por ajustarse en su mente. Ahora le asaltaba con claridad aquel papel clavado en la pared de la trastienda, el aviso cargado de futuro de los cuentos de su padre, el maniquí con la chaqueta de solapas a medio terminar, la utilidad en descubrir de un solo golpe de vista de qué lado cargaban los clientes. Lo repitió en voz baja, casi inaudible, como si de un murmullo lejano se tratara:

“Después detuvieron a los sindicalistas
pero a mí no me importó
porque yo no era sindicalista”.

El vigilante le cogió la cabeza con una mano de grandes dedos y se la empujó sin mucho miramiento para que no se golpeará con el marco de la puerta. Cuando el coche arrancó, la última estrofa se le representó como una revelación:

“Ahora me llevan a mí
pero ya es tarde”.

